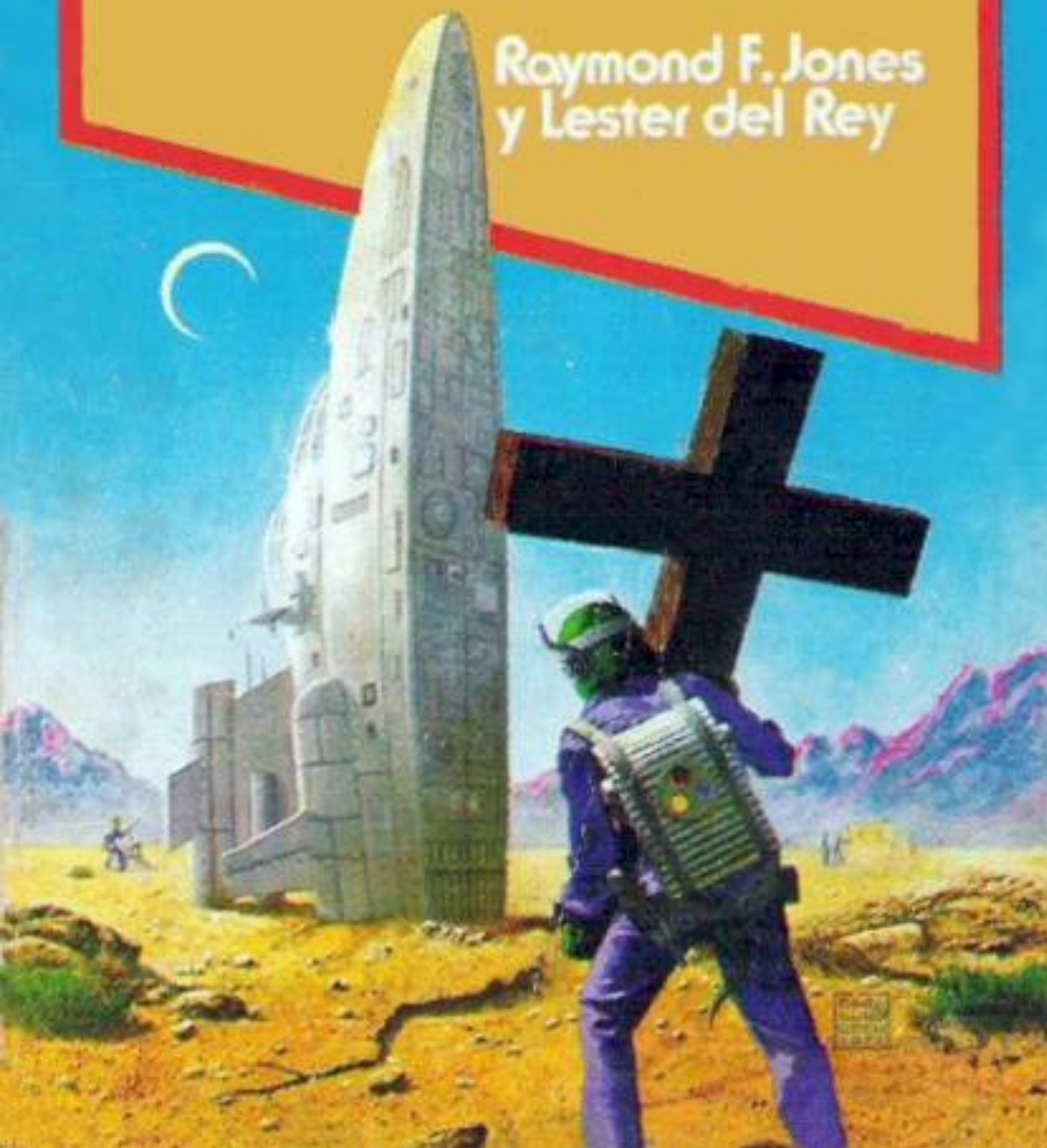


LAS LAGRIMAS PUEDEN TARDAR

Raymond F. Jones
y Lester del Rey



El aterrizaje fue distinto a todos los que habían hecho. Nunca habían visto, tampoco, un planeta tan extraño como aquél: mares salvajes, llanuras con cicatrices, ciudades llenas de escombros. Parecía totalmente devastado por alguna destrucción nuclear.

Estos seres extraños de rostros con escamas verdes y pequeñas colas sentían gran curiosidad por explorar este lugar peculiar en donde el hombre había vivido una vez... hasta que su nave espacial explotó y quedaron encallados sin medio de supervivencia ni esperanza de rescate.

A menos que su sumo sacerdote, el Ama del Keelong, orase a ese alto poder contra el que se habían rebelado. Pues era una misión espiritual... y los alcoranos habían errado su camino...

A Kirk, por su persistencia

Capítulo primero

El comandante Cromar se inclinó sobre la mesa ante las pantallas, por las que podía ver hasta el último rincón de las bodegas, situadas en las vastas profundidades de la nave que tenía bajo él. La actividad de carga le hizo pensar un poco en lo que debía haber sido la Creación. La cuidadosa reunión de todos los paquetes, de modo que quedase asegurada la presencia de todos los elementos necesarios para poder vivir en el largo tiempo que iba a durar el viaje, se asemejaba a la actividad del Keelong calibrando los elementos del planeta que estaba preparando para la gente. El comandante Cromar torció el gesto; al menos eso sería lo que diría el Ama.

Se preguntaba quién sería asignado para hacer de pastor en el viaje. No quería tener problemas entre los rebeldes de la tripulación y un sacerdote obstinado; aunque ya había advertido al capitán Mohre que tuviera cuidado de escoger una tripulación ortodoxa.

Advirtió un objeto perdido en el almacén y cogió el micrófono:

—Los elementos médicos de emergencia están almacenados y dispuestos para el embarque inmediato detrás de las puertas. ¡Mire la orden de carga!

Dirigir la operación de carga no era tarea suya, pues estaba asignada a tripulantes expertos, pero era algo demasiado personal para dejarla íntegramente en manos de ellos. Era como vestirse; nadie podría hacerlo mejor que quien se viste a sí mismo. Tras una docena de expediciones

importantes, el vestir a la nave había llegado a resultarle tan personal como ponerse la ropa.

La operación estaba a punto de concluir. Las débiles vibraciones del suelo indicaban que se estaban cerrando y sellando las escotillas. El gemido de los motores auxiliares y el débil clic de los relés marcaban el final de la cuenta atrás que estaban realizando los hombres del capitán Mohre.

Sólo faltaba un acontecimiento importante, el embarque del Ama del Keelong, el sacerdote oficial de la expedición. El comandante Cromar pulsó un botón para llamar al capitán Mohre.

—¿Se sabe algo del Ama? —preguntó.

—En estos momentos —respondió el capitán— se nos acaba de informar que se retrasa debido a unas invocaciones especiales por la expedición. Por lo visto consideró que necesitamos más atención del Keelong de la normal. He retrasado el movimiento final de los motores.

—¿Quién es? ¿Nos han dado su nombre?

—Toreg.

Un mal presagio había descendido ya sobre la expedición. ¿Por qué habrían tenido la desgracia de atraer a Toreg?

—¿Pidió una alternativa?

—Por supuesto, en cuanto me dieron ese nombre —asintió el capitán Mohre—. Pero de nada sirvió, como es natural. Un Gran Ama puede elegir su propia parroquia; y no hay apelación posible.

El comandante Cromar lo sabía perfectamente; pero a veces un Ama se sentía ofendido cuando no se le quería, y abandonaba su parroquia. No podía ser ése el caso de Toreg: las protestas le incitarían a incrementar su fervor por la administración de una parroquia desganada.

—No es un buen principio —dijo el comandante.

—Sacaremos de ello el mejor partido posible.

—Espero, al menos, que sus tripulantes sean de lo más devoto y ortodoxo.

—¿Lo son alguna vez en un viaje tan largo? Siempre hay quienes se cansan de los rituales y restricciones. Toreg lo sabe; y espera ganar muchos méritos por las reprimendas que nos administrará.

—También ha habido Amas que no han regresado con sus naves —comentó Cromar con indiscreta amargura.

—No hablemos de esas cosas —dijo el capitán.

El comandante Cromar no se ofendió, ya que el capitán Mohre tenía razón. No hay que hablar de esas cosas. No hay ni que pensar en ellas. Los sacerdotes conocían los pensamientos de los hombres; al menos eso se decía. Cromar no sabía si sería cierto o no, pero en sus viajes había visto cosas que serían difíciles de explicar de otro modo.

Asintió al capitán Mohre y encendió los visores del exterior de la nave. Las distantes líneas de guardia, al otro lado del campo, retenían a más de la mitad de la población, que esperaba feliz el despegue. Aquella expedición significaba mucho y tenía que salir bien. Pero uno de los acontecimientos más importantes de la partida había salido ya mal: el Ama Toreg iba a acompañarles.

El comandante Cromar buscó en vano en los visores signos de su aproximación. Sólo se veía a las masas alegres y expectantes; tan felices como el populacho en carnaval.

Entonces lo vio. Más allá de las últimas filas de gente, desde la ciudad apareció una caravana. Incluso a esa distancia era evidente su porte riguroso y rígida dignidad. Conectó la amplificación de pantalla hasta que pudo distinguir las figuras individuales.

Abrían la procesión sonoros trompeteros. Periódicamente, alzaban los instrumentos y daban una estruendosa nota menor que anunciaba el paso del Ama. Los músicos eran seguidos de cuatro columnas de sacerdotes menores que se abrían camino con las cabezas agachadas.

Toreg iba sentado en un trono sobre una plataforma llevada a hombros por doce sacerdotes importantes. Inmóvil, vestido con las finas ropas doradas de su dignidad, miraba

inexpresivo por encima de las cabezas de los que ocupaban las calles.

El comandante Cromar amplificó la visión hasta que la imagen del sacerdote llenó casi por completo la pantalla, sacudido lentamente por los pasos medidos de sus portadores. Ver aquel rostro carente de rasgos era como mirar muy atrás en el pasado. Hacía tiempo que no se encontraban él y Toreg. En el colegio habían pasado juntos varios años. Un abismo los había separado entonces, pero se encontraban a años luz de distancia el uno del otro.

Las finas escamas de color verde claro del sacerdote se estaban haciendo desiguales con la mediana edad. Los párpados interiores de sus ojos no eran ya de un blanco puro, sino que estaban marcados por rayas rojizas. Las espinas que caían formando una cresta desde la coronilla del cráneo habían perdido su tersura aterciopelada y formaban ángulos irregulares, duros e inmóviles.

Pero la posición de la boca era la misma que Cromar recordaba: recta, dura, sin humor. Ni siquiera Toreg el estudiante había reído alguna vez. Ahora daba la impresión de que no hubiera relajado ese rostro endurecido en todos aquellos años. Más bien parecía haberse congelado en una permanente condena de todo lo que veían sus ojos acuosos.

El comandante recordó que en una ocasión había considerado la rigidez de Toreg como una máscara de estudiante que trataba de esconder el miedo a la crueldad del mundo escolar; una máscara que caería cuando el mundo se hiciese normal. Se había equivocado. La rigidez del rostro no era una máscara de Toreg. Era Toreg.

Ya en aquel tiempo había declarado su intención de convertirse en sacerdote del Keelong, pero nadie le tomó en serio. Sus compañeros no habían sabido nunca de nadie que se hubiera convertido en Ama, pues los Amas eran una raza especial que no salía de entre el populacho común.

Así se suponía, recordó el comandante Cromar, entre los estudiantes. Pero el conocimiento de Toreg era mayor. Sabía que el Ama podía proceder de cualquier clase. Sólo se necesitaba suficiente resistencia y devoción; y desear el puesto por encima de cualquier otra cosa en la vida.

Toreg había tenido ese deseo; por encima de cualquier otra cosa en el mundo. Por otra parte, nadie sabía en aquel tiempo, ni siquiera Cromar, que el padre de Toreg era un Ama Supremo. Toreg no tenía, por tanto, otro camino.

Cromar había deseado con igual tenacidad convertirse en ingeniero, un navegante, un explorador de las estrellas; mas su ambición no le había costado perder el sentido del humor.

Siguió observando la procesión del Ama hasta que llegó al borde del campo y las masas se abrieron para dejar paso a los sacerdotes. Se puso entonces sobre el suelo la alfombra de ceremonial y se desenrolló hasta la escotilla de la nave. Los trompeteros tocaron de nuevo y la procesión avanzó por el largo camino blanco.

El comandante Cromar apagó la pantalla.

Se consideraba a sí mismo lo bastante devoto para una persona de su clase. El Keelong no exigía de él más de lo que él deseaba dar. Pero sabía que Toreg encontraría serias deficiencias en él y en todos los tripulantes del *Prohorus*. Toreg no tenía reputación de devoción al Keelong, sino de hostigar a quienes le rodeaban por carecer de ella... en su opinión.

Cromar inició un estudio final del plan de la nave. El capitán Mohre se hallaría en la escotilla exterior esperando para saludar al Ama. Toreg dirigiría la ceremonia de embarque y lanzamiento, y finalmente —esperaba que antes del anochecer— se encontrarían en el espacio.

Una llamada desde la pantalla interrumpió sus pensamientos. Apareció de nuevo el rostro del capitán Mohre.

—¿Sí? —dijo Cromar.

—Toreg insiste en que no es suficiente que haga yo la ceremonia de recibimiento.

—¿Qué otra cosa desea?

—A usted. Exige que usted, como comandante de la expedición, salga a recibirle.

El comandante Cromar respiró profundamente. Eso no era sino el principio; una pequeña muestra de lo que sería todo el viaje.

—La ceremonia habitual sólo requiere al capitán. No se necesita ningún oficial superior.

—Eso le dije. Pero amenaza con volver a la ciudad si no baja usted de inmediato.

El vuelo se pospondría indefinidamente mientras el caso aparecía ante el tribunal de los Amas. Las autoridades civiles no apoyarían al comandante en tal apelación, ni siquiera aunque finalmente la ganara. Cuando por fin volviera a reunirse una tripulación y se preparase otra vez el despegue, sería otra persona, indudablemente, la que estuviera al mando.

Toreg, por supuesto, sabía todo eso.

—Dígale a Toreg que bajaré de inmediato a la escotilla.

—No se me permite hablar. Nadie de la tripulación puede hacerlo hasta que usted lo haya hecho.

Cromar cortó y abandonó la sala de observación. Se preguntaba si Toreg sabría quién era él; si recordaría los años que habían pasado juntos en la escuela; si se acordaría de las pullas y bromas que el joven Cromar había hecho de sus maneras. Habían sido muchas, pensó el comandante mientras entraba en la cápsula transversal que le llevaría hasta los niveles inferiores. Recordó lo sarcástico y despreciativo que había sido con el que luego se convertiría en un rígido sacerdote. Toreg tenía que haberse dado cuenta de su actitud; y la recordaría.

La cápsula se detuvo y se abrieron las puertas. El comandante Cromar salió de un salto y se precipitó por el corredor metálico que conducía a la escotilla. Enmarcado en

un rectángulo de luz, el entorno del Ama era visible como una pintura colgada de una pared distante. Toreg estaba sentado, implacable e inmóvil, como si pudiera vigilar el universo. ¡Y bien que podía! El poder de los emisarios del Keelong era supremo.

El comandante Cromar salió por la escotilla y permaneció quieto un instante sobre la plataforma de lanzamiento. Los ojos de Toreg recorrieron toda la escena antes de posarse en el comandante Cromar, como si éste fuera el objeto menos importante de los que tenía a la vista. Y cuando sus ojos lo encontraron no se produjo en ellos el menor destello de reconocimiento. Toreg alzó negligentemente un dedo de una mano y el comandante se adelantó.

Bajó por la rampa hasta el nivel del suelo y permaneció de pie ante los portadores del Ama. Como si hubieran recibido una señal secreta que Cromar no pudo detectar, los portadores flexionaron lentamente una rodilla. El comandante Cromar también dobló la suya en un saludo de obediencia. Toreg esperó, como si inspeccionara el gesto para asegurarse de que había sido lo bastante humillante. Luego dobló un dedo y dos sacerdotes se arrodillaron. Formaron un apoyo con las manos entrelazadas y Toreg bajó a tierra.

Cromar permaneció reclinado. No vio avanzar a Toreg, pero sí sus pesados pies metidos en unas botas suaves y aterciopeladas, y los ropajes dorados y brillantes que colgaban desde los hombros del Ama.

—Que la luz de muchos soles dorados caiga sobre el Ama —dijo el comandante—. Que el Keelong sonría al vuelo del *Prohorus* y haya paz a su regreso.

Toreg permaneció en silencio. Con pasos lentos rodeó la inmensa circunferencia de la nave. En cada cuadrante golpeó dos veces el casco con su vara. El comandante Cromar escuchó el sonido metálico que pareció satisfactorio al Ama, pues éste entonó:

—La canción de la nave complace los oídos del Keelong.

Tras el cuarto cuadrante volvió junto a la escotilla y tocó a Cromar en el hombro.

—Entraré —dijo, con el tono de quien está confiriendo una bendición suprema.

Todavía de rodillas, el comandante alzó la cabeza y observó los pesados pies de Toreg subiendo los escalones de la plataforma. La cola pequeña y rudimentaria del ama sobresalía por una abertura de la parte trasera del ropaje dorado.

Se levantó y siguió a Toreg a una prudente distancia. Los sacerdotes sirvientes permanecieron detrás, despidiendo con una genuflexión al Gran Ama mientras éste desaparecía por la oscura luz del corredor que había tras la escotilla.

Una vez dentro, el comandante se enfrentó a Toreg.

—Damos la bienvenida a la presencia del Keelong, que en vos habita —entonó ceremoniosamente.

Todavía no había destello de reconocimiento en los ojos semicerrados de Toreg.

—Su bienvenida es aceptada —respondió—. Iré en el viaje.

A un lado del estrecho corredor se alineaban los reverentes miembros de la tripulación, que permanecieron con una rodilla en tierra y los ojos apartados mientras el comandante Cromar conducía al sacerdote a sus aposentos. Esperaba que éstos fueran satisfactorios, pues si el Ama no los aprobaba el viaje estaría otra vez en peligro.

Aquellos cuartos habían sido preparados para el uso del Ama oficial desde el primer vuelo del *Prohorus*, y amueblados de nuevo completamente para cada nuevo ocupante; pero nunca habían tenido tan elaborados y costosos muebles y objetos dorados como ahora.

Toreg lo observó todo con desagrado y Cromar se sintió desesperado por unos momentos.

—Es adecuado —dijo el sacerdote con desgana—. Es un pobre acomodo para un Gran Ama del Keelong, pero lo

aceptaré. El Keelong se siente reconocido por los débiles esfuerzos de su pueblo.

—Nos sentimos agradecidos —respondió el comandante, tras lo cual hizo una reverencia y se retiró de la presencia del Ama, cerrando la puerta cuidadosamente tras él.

En la sala de control de la parte delantera de la nave, la tripulación de operaciones se encontraba en sus puestos esperando la orden de despegue. Cuando Cromar entró, el capitán lo miró inquisitivamente.

—Hemos sido aceptados —dijo el comandante Cromar—. Podemos despegar. Hagámoslo en seguida.

Mohre repitió la orden al primer piloto, y mientras los tripulantes cumplían la rutina de poner en movimiento la gran nave, hizo un aparte con el comandante.

—Siento que mi salud no fuera aceptable para Toreg —dijo Mohre—. Era innecesario que fuese usted molestado por tal cosa.

—Da igual. Tenemos libertad para irnos, y eso es lo que importa. ¿Sabía que, cuando éramos jóvenes, Toreg y yo estuvimos en la misma escuela?

—No estaba enterado. ¿Le reconoció?

—Quizá, pero no estoy seguro. De todos modos creo que su conducta hacia mí hubiera sido la misma en cualquier caso.

La nave abandona el suelo y estamos en las manos del Keelong, y en las manos divinas de su ministro, que nos concede su voluntad y dirección. No entendemos las estrellas. No entendemos la nave. No nos entendemos a nosotros.

Pero el Keelong entiende todas las cosas, y por su bondad graciosa vivimos y tenemos nuestro ser. Santificado sea

su sacerdote que nos cubre con su poderoso brazo y dobla las estrellas a nuestro deseo.

Esta fue la invocación de Toreg, que se escuchó por toda la nave mientras ésta cogía velocidad en medio de la noche, se alejaba del sistema solar y apuntaba a las distantes galaxias.

Capítulo II

El comandante Cromar se retiró exhausto a su habitación tras la confrontación con el Ama. Tal confrontación era siempre unilateral. Nunca se expresaba nada al Ama; sólo se ofrecía una obediencia humillada, pues el Ama era supremo.

Se preguntó si la situación habría sido diferente de no haber conocido a Toreg; de no haberle conocido nunca como el joven atemorizado y a la defensiva de sus días escolares. Si Toreg hubiera sido simplemente el sacerdote austero y sin rostro que aparecía ante los otros.

No, no habría habido diferencia, pensó. No era el sacerdote; no eran las galas y ceremonias. Era él mismo.

Era, simplemente, que no creía.

Tal era el horror que se guardaba para sí mismo. Ese era el baldío frío y solitario por donde erraba sin compañía. Desconocía si habría otros errabundos aislados en sus propios desiertos. A veces sospechaba que el corazón del capitán Mohre estaba turbado con respecto al Keelong, la Jerarquía y los Amas; pero sabía muy pocas cosas de su mundo interior. Le había censurado ligeramente su observación de que a veces los Amas no regresaban con sus naves, pero esa censura podría haber sido una convención.

Con frecuencia, los miembros jóvenes de la tripulación se mostraban irreflexivos e irreverentes y acababan teniendo problemas con sus Amas; pero se trataba de las dudas de la juventud, fácilmente superables con la reflexión madura.

Las dudas de Cromar eran las de la madurez, las que van ahondándose con cada año que pasa. Era una duda solitaria y agónica, además, pues no se atrevía a hablar de tales cosas con nadie.

Desdeñar al pomposo Toreg constituía un enorme pecado; pero dudar del Keelong era dudar de la vida misma.

Y el comandante Cromar dudaba.

Al acabar el día, Cromar invitó a Mohre a compartir la cena con él en su cuarto. No habría hecho eso con muchos capitanes de nave, pero él y Mohre eran viejos amigos y compañeros, que habían compartido muchos viajes con diferentes cargos. Por cortesía, tuvo que invitar también a Toreg, aunque sospechando que el Ama declinaría el ofrecimiento. Así fue, y se sintió agradecido de no tener que enfrentarse directamente a Toreg en ese momento.

Hablando en términos estrictos, el capitán Mohre era un técnico. Conducía su nave bien y rígidamente, de acuerdo con las normas, al destino que indicaran sus órdenes. A veces era un grupo de turismo, a veces de negocios; en ocasiones se trataba de una incursión política. Sin embargo, lo que más le gustaba eran las expediciones científicas y las investigaciones, como la presente. Le hacían sentirse parte integrante de algo útil.

Llegó puntual, cuando la mesa estaba ya dispuesta en la cabina del comandante. Este se había relajado tras las primeras tensiones del día. Ofreció al capitán un trago de *lycana*, la tan apreciada bebida de color rosa... y, por tanto, prohibida por Toreg y los suyos.

El capitán Mohre levantó el brebaje con placer y con una mirada inquisitiva en el rostro.

—No sabía que tuviéramos nada de esto.

—Prerrogativas del comandante. Mi equipaje nunca es examinado.